

Bicentenario del nacimiento de Guillaume-Henri Dufour, hombre de paz

En Suiza, numerosos actos han conmemorado el 200.º aniversario del nacimiento de Guillaume-Henri Dufour, cofundador, con Henry Dunant, Gustave Moynier, Louis Appia y el Dr. Théodore Maunoir, de la Cruz Roja.

En Ginebra especialmente, se le ha rendido homenaje con una serie de coloquios y exposiciones en los que se han evocado con agrado los múltiples talentos de aquel hombre.

Guillaume-Henri Dufour nació, de padres ginebrinos, el año 1787 en Constanza; fue ingeniero, urbanista, profesor y político. Más aun, teórico y práctico militar, llegó a mandar el ejército federal en 1847, 1849, 1856 y 1859. Aunque su nombre está ligado a la victoriosa campaña del Sonderbund en 1847 y a la fundación de la Cruz Roja en 1863, también debemos recordar que dotó la ciudad de Ginebra con puentes y avenidas, dándole así su aspecto moderno. De 1832 a 1864, realizó un mapa topográfico de Suiza que lleva su nombre.

La exposición organizada, del 5 de septiembre al 4 de octubre de 1987, por el Instituto Henri Dunant, ha recordado, con cartas, manuscritos y documentos de la época, la acción de G. H. Dufour en pro de la Cruz Roja.

Después de terminar, el año 1807, la carrera de ingeniero militar en Francia, el año 1810 fue destinado a Corfú, donde estaban realizándose obras de fortificación que requerían la presencia de un ingeniero militar. Allí ascendió a capitán y mandó una compañía de zapadores. Herido y detenido por los ingleses, fue devuelto a Francia gracias a un canje de prisioneros.

En 1815, la derrota de Napoleón y la entrada de Ginebra en la Confederación Suiza indujeron a Dufour a retirarse del ejército francés y a instalarse en Ginebra.

A partir de 1817, mandó el cuerpo de ingenieros militares de Ginebra y enseñó en la Academia.

Fundó entonces la escuela de oficiales de Thun.

Ascendió a coronel en 1827 y uno de sus alumnos fue el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, con quien mantuvo lazos de amistad hasta su muerte.

Jefe de Estado Mayor en 1831, después comandante en jefe del ejército confederado, Dufour se vio obligado a intervenir durante los disturbios sociales y políticos que esporádicamente sacudieron a algunos cantones suizos, especialmente en Neuchâtel (1831, 1834, 1848 y 1856) y en Basilea (1831).

En 1847, siete cantones católicos rompieron el pacto federal de 1815 y formaron una alianza separada, el Sonderbund. La suerte de Suiza estaba en juego. Dufour fue nombrado general y se le encargó vencer a las fuerzas secesionistas y restablecer la paz entre los cantones. Dufour llevó a cabo esta doble misión con moderación y prudencia, granjeándose la admiración de Europa.

Así pues, el 22 de octubre de 1847, en una carta dirigida a los diputados del Parlamento federal, Dufour determinó ya las directrices que quería respetar y hacer respetar: «(.....) cumpliré con mi deber, pero nunca saldré de los límites de la moderación y de la humanidad: (.....) no perderé de vista que las partes en este debate son confederados; (.....) me esforzaré por mantener el orden y la disciplina en las tropas federales, por hacer que se respeten los bienes públicos y privados, por proteger el culto católico en el clero, en los templos y en los establecimientos religiosos; en pocas palabras, haré lo posible por aliviar los males que conlleva una guerra (.....)».

Más significativas aun eran las órdenes que impartió a sus oficiales el 3 de noviembre de 1847: «(.....) Si rechazáis tropas enemigas, atended a los heridos como si fueran de los nuestros; tened para con ellos toda la consideración que merece la desgracia (.....). Desarmad a los prisioneros, pero sin hacerles daño alguno, sin insultarlos (.....). Después del combate, contened el furor del soldado y tratad a los heridos con indulgencia. No hay nada que más honre a una tropa victoriosa; y, en una guerra civil, no hay nada que mejor disponga al adversario a someterse. No hay nada, en cambio, que más exaspere y lleve a los extremos de la resistencia como una conducta opuesta. Por muy fuerte que uno sea, siempre hay que temer la desesperación del enemigo».

Asimismo, cabe destacar aquella «Proclamación al ejército», redactada poco antes de estallar la guerra: «Soldados, hay que salir victoriosos de esta guerra, pero también sin tacha, para que puedan decir de vosotros:

lucharon valientemente cuando era necesario, pero en todas las partes se mostraron humanos y generosos.

» Así pues, os encomiendo la protección de los niños, de las mujeres, de los ancianos y del clero. Quien alza la mano contra una persona inofensiva se deshonra y mancilla la bandera. Los prisioneros y, sobre todo, los heridos merecen tanta más consideración cuanto que muchas veces luchasteis a su lado».

Principios todos ellos que figurarán más tarde en los Convenios de Ginebra.

En 1862, Henry Dunant presentó a Dufour el texto de su libro «Recuerdo de Solferino», en el cual propone que, restablecida la paz, se constituyan «sociedades de socorro a fin de que voluntarios abnegados y debidamente preparados atiendan a los heridos en tiempo de guerra».

El prestigio que el general Dufour adquirió con la «victoria humanitaria» del Sonderbund, su experiencia militar y, sobre todo, su fama de pacificador, incitaron a Henry Dunant y Gustave Moynier a asociarle a su acción para aplicar las generosas ideas de Dunant.

Dufour dudaba del éxito de tal empresa y, en particular, escribió a Dunant, el 19 de octubre de 1862: «No cabe duda de que sería conveniente una asociación como la que usted ha ideado, pero parece muy difícil realizarla. Solamente puede ser temporal y local, pues la abnegación solamente surge en momentos de crisis (.....)». No obstante, a pesar de su escepticismo, no vaciló en ayudar a Dunant y a Moynier, «no ya porque su causa le parezca segura, sino porque la considera justa»¹.

El 17 de febrero de 1863, se constituyó el «Comité internacional de socorro para los militares heridos», presidido por el general Dufour.

La exposición del Instituto Henry Dunant ha ilustrado también las gestiones del Comité para convencer a los gobiernos y a los Estados Mayores a que aceptaran sus ideas, así como los esfuerzos del propio Dufour, encargado de las relaciones entre el Comité y las autoridades federales suizas, hasta la celebración, en octubre de 1863, de la Conferencia internacional, en la que nació la Cruz Roja.

El año siguiente a la Conferencia de octubre de 1863, el Comité siguió reuniéndose y concentró su acción en la fundación y en la promoción de sociedades de socorro en favor de los heridos en los diferentes países europeos.

El 8 de agosto de 1864, cuando comenzó en Ginebra la Conferencia Internacional para la «Neutralización del servicio de sanidad militar en

¹ Pierre Boissier, *Histoire du Comité international de la Croix-Rouge* —Tomo I— *De Solferino a Tsoushima*, Instituto Henry Dunant, Ginebra, 1978, p. 67.

campaña», presidida por el general Dufour, ya se habían fundado nueve Sociedades Nacionales.

Esa Conferencia es un hito en la historia de la Cruz Roja porque, al finalizar, se aprobó el «Convenio para el mejoramiento de la suerte de los militares heridos», es decir, el primer Convenio del «Derecho de Ginebra».

La exposición del Instituto Henry Dunant, con gusto y precisión, ha permitido que el público volviera a descubrir la acción en pro de la Cruz Roja del general Dufour, de quien se dijo: «Es un soldado, y en el soldado hay también un hombre; guerrea, pero para él la guerra es, ante todo, una preparación para la paz»².

² La *Revista* señala la publicación de dos libros sobre G. H. Dufour: *Aimez-moi comme je vous aime* (Amádmme como yo os amo), 190 cartas de G. H. Dufour a A. Pictet, editadas y presentadas por Jean-Jacques Langendorf. Prólogo de Olivier Reverdin, Ediciones Karolinger, Viena, 1987, y *Guillaume-Henri Dufour ou la passion du juste milieu* (Guillaume-Henri Dufour o la pasión por la mesura), de Jean-Jacques Langendorf, Ediciones René Caecelberghe, Lucerna, Lausana, 1987.